

# FIN DE TRAYECTO

El 11 de noviembre de 1975 España se disponía a emprender el camino del futuro. Con el equipaje en la aduana desestimando el itinerario previsto, se inició aquel viaje. Hoy llega a su punto de destino. Ya puede hablarse de otra España. No digo mejor ni peor. Digo, simplemente, de otra España. La frontera cronológica que nos separaba del futuro —determinada por la existencia de un hombre— nos separa ahora del pasado. La distinción resulta importante, porque en el balance de deudas o haberes la contabilidad no puede ser atribuida al administrador muerto.

Se ha hablado mucho, en estas horas de arribo a los anedones, del voto del miedo. ¿Qué es eso del voto del miedo? Cada cual ha votado lo que mejor ha creído. Dentro de unas horas sabremos a qué atenernos. En materia de pronóstico creo haber sido el primero que, por escrito, atribuyó el triunfo electoral al marxismo, sin distinción de partidos o de banderías porque, personalismos aparte aunque se hayan impuesto, pronto veremos cómo lo que estuvo en juego fueron dos conceptos de la existencia; dos ideologías; dos fórmulas para entender a España.

Nunca me engañé en esta materia y creo que en última instancia la dinámica de la campaña electoral quedó signada por dos símbolos exclusivos: un grupo esgrimía la bandera española; otro, la bandera roja. Dos conceptos. No hacía falta escuchar los altavoces. Ni apenas interpretar los himnos y las canciones que se lanzaban al aire confuso de este Madrid ajetreado y nervioso. Bastaba con mirar qué bandera se alzaba. No había más que dos. No desdeño, ¡cómo iba a hacerlo!, las modestas y honradas banderas falangistas o tradicionalistas que acompañaron a la nacional y que esgrimieron unos hombres respetables.

El futuro es presente. Y al cabo, la primera sensación es que no ha triunfado un partido, ni una coalición. Ha triunfado —y pronto lo veremos— un concepto de la existencia, del hombre y de la Patria. No es el mejor para España. De eso sí estoy seguro. España se escindirá en la loca almoneda de las autonomías o autodeterminaciones y entonces, acaso, lo que en esta primera fiesta electoral fueron minorías que esgrimían conmovidas los símbolos que nos unieron, sean capaces de rescatar de en medio de la calle aquel sentido exacto de la unidad, justo y liberador para convocar a todo un pueblo. Ese día, forzoso será decirlo, habrá que mirar con nostalgia la lejana frontera que cruzamos en el primer viaje. Mirarla con serenidad y con optimismo y saber que fuimos como unos alegres niños que siguieron alocadamente al flautista sin comprender que el flautista les llevaba a la caverna. Ni más libres ni menos libres. Hombres somos y con hombres vamos a entendernos, que dice Crispin. Ni votos de miedo, ni votos de regocijo. El camino es difícil, áspero y duro. Pero, quiérase o no, estamos destinados a recorrerlo juntos.

Antonio IZQUIERDO